

Máscara de Ceniza

Máscara de Ceniza

Leti Flores

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: junio 2026

Depósito legal: SE 2671-2026

ISBN: 979-13-7060-441-7

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Leti Flores

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

Índice

Capítulo 1: Punto y Roma 9
Capítulo 2: Piel y piedra 17
Capítulo 3: Frente al Panteón 25
Capítulo 4: Libro de arquitectura 31
Capítulo 5: La Gran Gala de los Santoro 41
Capítulo 6: El peso de los cimientos 51
Capítulo 7: La ciudad de las sombras 65
Capítulo 8: Sangre azul y seda verde 77
Capítulo 9: El silencio del mármol 87
Capítulo 10: La máscara de ceniza 99
Capítulo 11: La nueva variable y la habitación roja 111
Capítulo 12: Sangre de mi sangre, tierra de mi tierra 125
Capítulo 13: El eco de las paredes blancas 137
Capítulo 14: El peso de las verdades muertas 147
Capítulo 15: Ángulo ciego 165
Capítulo 16: Ángulos de Colisión 181
Capítulo 17: Papel y Ceniza 191
Capítulo 18: El rastro del café 201
Capítulo 19: La caligrafía del miedo 215
Capítulo 20: Las coordenadas del abismo 225
Capítulo 21: Negocios de sombras y de nuevo la habitación roja 243
Capítulo 22: Un pie fuera, otro dentro 253
Capítulo 23: Cicatrices en el Visor 269
Capítulo 24: El peso del latón 281

Capítulo 25: Sangre prestada 293
Capítulo 26: El ojo de la tormenta 307
Capítulo 27: El Heredero de mentira 319
Capítulo 28: El Latido del Resplandor 333
Capítulo 29: El Banquete de los Judas 349
Capítulo 30: El Velo de la Bestia 367

Capítulo 1: Punto y Roma

La noticia no llegó con grandes fanfarrias, sino entre el zumbido monótono del aire acondicionado y el olor a café recalentado de la oficina en Madrid. Nerea estaba concentrada frente a su monitor, con el cabello oscuro recogido en un moño improvisado y las gafas de ver apoyadas en el puente de la nariz, cuando su jefe la llamó al despacho.

—Nerea, siéntate.

Él jugueteaba con una pluma estilográfica, observándola con una mezcla de respeto y expectación. Nerea era el activo más valioso del departamento: eficiente, con un instinto impecable y una presencia que, aunque ella intentaba mantener en un segundo plano tras ropa de oficina discreta, siempre terminaba por imponerse.

—Roma necesita a alguien con tu visión. Alguien que no se deje amedrentar por los italianos y que sepa dirigir la nueva campaña de moda desde allí. Son seis meses, con un puesto de dirección creativa. El vuelo sale en diez días. ¿Qué dices?

En ese instante, el corazón de Nerea dio un vuelco que le recorrió toda la columna. Madrid, con sus rutinas predecibles, sus domingos de comida familiar y su exnovio que aún de vez en cuando le enviaba mensajes nostálgicos, se sintió de repente como una piel que ya le quedaba pequeña. Necesitaba ese «punto y aparte».

Los días siguientes fueron un torbellino de maletas a medio llenar y despedidas apresuradas. La última noche en su piso de Madrid, Nerea se quedó mirando las cajas apiladas, sintiendo una

extraña ligereza. No se llevaba mucho: solo lo esencial y esa belleza natural suya que parecía florecer cuando se despojaba de las obligaciones.

El viaje fue una transición sensorial. Del asfalto gris y el cielo plano de la meseta, al azul intenso que empezó a filtrarse por la ventanilla del avión mientras sobrevolaban la costa italiana. Cuando el avión aterrizó en Fiumicino, Nerea sintió que el aire cambiaba; era más denso, más cálido, cargado de una promesa que no alcanzaba a verbalizar.

El trayecto en taxi hasta el centro fue el golpe de realidad definitivo. Roma no la recibió con calma, sino que la arrolló. Observaba por la ventanilla cómo el conductor esquivaba una horda de Vespas que parecían enjambres metálicos mientras gesticulaba de forma frenética. Había una electricidad en el aire, un olor a café recién tostado mezclado con gasolina y siglos de piedra calentada por el sol.

Mientras se colocaba un mechón de pelo tras la oreja, el reflejo en el retrovisor le devolvió la imagen de sus propios ojos claros. Estaban brillantes, inyectados de una excitación que se le instalaba en la boca del estómago. No llevaba apenas maquillaje, solo un poco de bálsamo en los labios que resaltaba su jugosidad natural. Su cuerpo, acomodado en el asiento trasero, se sentía tenso y despierto a la vez.

—*Siamo arrivati, signorina. Trastévere* —anunció el taxista con una sonrisa que era casi un coqueteo.

Al bajar del coche, el calor de la capital italiana la envolvió como un abrazo físico. Se quedó un momento inmóvil frente a su nuevo hogar: un edificio antiguo de color ocre, con contraventanas de madera que pedían una capa de pintura y buganvillas que trepaban con fuerza por los balcones de hierro forjado.

Arrastró sus maletas por la estrecha escalera de caracol de piedra, sintiendo cómo el esfuerzo tensaba sus muslos y cómo la tela

de su pantalón rozaba su piel con cada paso. Al llegar al ático y abrir las ventanas de par en par, el estruendo de la ciudad se suavizó para convertirse en un murmullo romántico. Roma estaba allí, rendida a sus pies, con sus cúpulas anaranjadas bajo el sol de la tarde.

Nerea dejó caer las llaves sobre la mesa de mármol y se deshizo de los zapatos. El suelo de terracota estaba frío bajo sus pies descalzos, un contraste delicioso con el calor que entraba por el balcón. Se miró en un espejo antiguo de marco dorado que colgaba en el salón; estaba despeinada y con las mejillas encendidas, pero nunca se había sentido tan dueña de su propio destino.

Caminó hacia la pequeña nevera, sacó una botella de agua y bebió con ansia. Unas gotas escaparon de la comisura de sus labios, deslizándose por su cuello y perdiéndose en el escote de su camiseta de tirantes. En ese momento, sola en aquel ático que olía a madera vieja y sol, Nerea supo que el «punto y Roma» no era solo un cambio de ciudad, era el comienzo de algo que iba a transformarla para siempre.

La oficina de la agencia en Roma estaba ubicada en un *palazzo* reformado cerca de la Piazza del Popolo. Al cruzar el pesado portón de madera, el contraste fue inmediato: mármol antiguo bajo sus pies y tecnología de vanguardia en las mesas de diseño.

No tuvo mucho tiempo para admirar los techos, porque pronto escuchó el rítmico e imperioso sonido de unos tacones sobre el mármol. Una mujer de unos cincuenta años, con un traje de corte impecable y una melena gris acero cortada en un bob perfecto, se detuvo ante ella. Era **Antonella**, la Directora General de la sede romana, una mujer cuya sola presencia dictaba el ritmo de la sala.

—*Nerea. Finalmente* —dijo Antonella, estrechando su mano con firmeza y escrutándola con unos ojos oscuros que parecían leerle el alma—. He oído grandes cosas de tu trabajo en Madrid.

Espero que tu instinto sea tan afilado como dicen. Ven, te presentaré al equipo.

Antonella la guio a través de la planta abierta, donde el murmullo de las conversaciones se detuvo momentáneamente a su paso.

—¡Atención a todos! —exclamó Antonella—. Esta es Nerea, nuestra nueva Directora Creativa para la campaña de verano. Viene de Madrid para enseñaros que la pasión española también sabe de estrategia.

Nerea saludó con una sonrisa educada, sintiendo cómo el rubor subía ligeramente a sus mejillas al notar la atención de tantos rostros nuevos. Antonella fue señalando a algunos mientras caminaban:

—Aquel es **Marco**, nuestro jefe de arte, no le hagáis mucho caso cuando se queje del café. Y allí está **Filippo**, encargado de producción.

Pero justo antes de llegar a su despacho, una chica de su misma edad, con una melena rizada y rebelde y un estilo mucho más bohemio y colorido que el resto, se interpuso en su camino con una energía contagiosa.

—Y esta —dijo Antonella con un matiz de afecto en la voz—. Es **Giulia**, nuestra responsable de relaciones públicas y redes sociales. Se supone que debe trabajar contigo, si es que logras que se quede quieta un segundo.

—¡*Piacere*, Nerea! —exclamó Giulia, ignorando la ironía de su jefa y dándole dos besos antes de que Nerea pudiera reaccionar—. No escuches a Antonella, soy la única aquí que no tiene un palo en la espalda. Dios mío, qué ojos tienes... ¡Las fotos de la ficha no te hacían justicia! Menos mal que has llegado, necesitaba a alguien con quien tomarme los *spritz* de después del trabajo que no hablara solo de presupuestos.

Nerea no pudo evitar soltar una carcajada natural, sintiendo una conexión inmediata con la frescura de Giulia.

—Encantada, Giulia. Me parece que nos vamos a llevar muy bien —respondió Nerea con sinceridad.

—Giulia, enséñale su despacho y ponla al día sin abrumarla demasiado —ordenó Antonella antes de desaparecer en su propia oficina.

Giulia la acompañó hasta un espacio luminoso, con un ventanal que ofrecía una vista privilegiada de los tejados romanos. Se apoyó en el marco de la puerta mientras Nerea dejaba su bolso sobre la mesa de cristal.

—Escúchame, Nerea —le dijo Giulia bajando un poco la voz y guiñándole un ojo—. Roma es un caos, esta oficina es una jaula de grillos, pero te vas a enamorar de esta ciudad. Y si necesitas saber quién es quién, dónde se come la mejor pasta o qué barrios evitar... yo soy tu mujer.

Nerea sonrió, sentándose por primera vez en su nueva silla. El cosquilleo de poder y libertad que sentía desde que aterrizó se hizo más fuerte. Tenía un despacho propio, una jefa imponente a la que impresionar y, al parecer, su primera amiga en la ciudad.

Abrió el primer dossier de la campaña, pero antes de empezar, miró de nuevo por la ventana. El sol de la mañana golpeaba las piedras de la plaza y Roma parecía susurrarle que su vida en Madrid no era más que un prólogo aburrido de lo que estaba a punto de suceder.

La jornada en la oficina pasó entre reuniones rápidas y una cantidad ingente de café expreso que Nerea no estaba acostumbrada a procesar. A las seis de la tarde, cuando el sol empezaba a teñir las paredes de los edificios de un naranja casi irreal, Giulia apareció en el umbral de su despacho. Se había soltado el pelo rizado y se retocaba el carmín de los labios con una agilidad envidiable.

—*Basta per oggi*, Nerea. El trabajo en Roma no se termina nunca, así que lo mejor es dejarlo para mañana —sentenció Giu-

lia con una sonrisa traviesa—. Vamos, guarda ese dossier. Te voy a enseñar por qué valió la pena aceptar este destino.

Salieron del edificio y el aire de la tarde ya no era tan asfixiante como el del mediodía. Giulia la guio con paso firme por un laberinto de callejuelas que solo un local conocería, alejándose de las rutas turísticas más obvias. Nerea caminaba fascinada, observando cómo la luz jugaba con las sombras de las estatuas y cómo la gente se agolpaba en las pequeñas plazas, llenando el aire con un murmullo de risas y tintineo de copas.

—Eso es un Aperol Spritz —explicó Giulia, señalando las mesas de una terraza—. Es el uniforme oficial de la tarde romana. Pero antes de beber, quiero que veas esto.

Subieron por una cuesta empinada, sorteando algunas motos aparcadas sobre los adoquines, hasta llegar a un mirador desde el que se dominaba toda la ciudad. Nerea se apoyó en la barandilla de piedra, sintiendo la brisa suave acariciar su rostro y mover su cabello oscuro. Desde allí, Roma parecía una maqueta de oro y terracota bajo el cielo del atardecer.

—Es... impresionante —susurró Nerea, sintiendo un nudo de emoción en la garganta. Madrid era su hogar, pero este escenario tenía una fuerza que la descolocaba.

—Roma es una amante exigente, Nerea. Te lo da todo, pero tienes que saber caminarla —dijo Giulia, mirándola de reojo con curiosidad—. Te veo ahí, tan contenida, tan profesional... Necesitas disfrutar de que aquí nadie sabe quién eres. Es una oportunidad de oro.

Cenaron en una pequeña *osteria* escondida en un callejón sin salida, donde no había menús impresos y el dueño las recibió con una voz atronadora y afectuosa. Comieron pasta *amatriciana* y bebieron vino de la casa en vasos de cristal grueso, sin etiquetas ni pretensiones. Nerea se sorprendió a sí misma riendo a carcajadas con las anécdotas de Giulia sobre los dramas internos de la oficina y las jerarquías de la moda italiana.

—¿Y tú? —preguntó Giulia, apoyando la barbilla en su mano mientras la observaba con atención—. Una mujer con esa mirada... ¿Has dejado a alguien esperándote en España?

Nerea bajó la vista hacia su copa, balanceando el vino con suavidad. Sintió una punzada de alivio al pensar en la distancia.

—He dejado una vida que ya no me decía nada, Giulia. Y, sinceramente, no tengo ninguna prisa por encontrar a nadie. Por primera vez en mucho tiempo, solo quiero ver qué pasa cuando estoy conmigo misma.

—Me gusta esa respuesta —aprobó su nueva amiga, brindando con ella—. Aquí las cosas suelen suceder cuando dejas de buscarlas.

Casi a medianoche, Giulia la dejó en la puerta de su edificio en el Trastévere tras un abrazo cálido que olía a perfume floral y tabaco dulce. Nerea subió las escaleras de caracol con las sandalias en la mano, sintiendo el cansancio acumulado en las piernas, pero una energía renovada en el pecho que hacía tiempo no experimentaba.

Al entrar en su ático, no encendió las luces. Se quedó un momento apoyada en el marco del balcón, observando la luna reflejada en las cúpulas cercanas y escuchando el eco lejano de la ciudad que nunca parecía dormir del todo. Se sentía extrañamente en paz, disfrutando del silencio de aquella casa que aún no terminaba de conocer. Se desvistió lentamente, dejando la ropa sobre la silla, y se metió en las sábanas frescas, dejando que el aire nocturno entrara por la ventana abierta.

Cerró los ojos y, antes de quedarse profundamente dormida, tuvo un último pensamiento: mañana tendría que volver a la oficina y demostrar de lo que era capaz, pero por ahora, el simple hecho de estar allí ya se sentía como una victoria. Roma estaba esperando, y ella apenas acababa de llegar.

Capítulo 2: Piel y piedra

El despertador no fue necesario. A las siete de la mañana, el repique de las campanas de una iglesia cercana se encargó de anunciar que Roma ya estaba en marcha. Nerea se desperezó entre las sábanas blancas, sintiendo una vitalidad que en Madrid solía faltarle. Tras una ducha rápida, se preparó un café cargado en la pequeña cafetera italiana de su cocina; el aroma inundó el ático, mezclándose con el aire fresco que entraba por el balcón.

Caminó hacia el trabajo disfrutando del trayecto, sintiendo el leve roce de su blusa de seda contra la piel. Cruzó el puente Sisto, observando cómo el Tíber reflejaba los primeros rayos del sol. Esta vez, al entrar en el *palazzo* de la agencia, no se sentía como una extraña.

—*Buongiorno*, Nerea. Café en mano, como una verdadera romana —la saludó Marco, el jefe de arte, mientras pasaba a su lado con una carpeta bajo el brazo.

Nerea le sonrió y se dirigió a su despacho. No tuvo mucho tiempo para acomodarse, porque apenas diez minutos después, Giulia asomó la cabeza por la puerta con una expresión entre nerviosa y emocionada.

—Prepárate, Nerea. Antonella ha convocado una reunión de urgencia. El cliente de la campaña de verano ha decidido que quiere «algo más arriesgado» y Antonella espera que tú saques el conejo de la chistera.

Nerea sintió un ligero vuelco en el estómago, pero respiró hondo. Era para esto para lo que la habían enviado. Cogió su

cuaderno de notas y se dirigió a la sala principal. La mesa de cristal estaba rodeada por el equipo. Antonella presidía la reunión con una expresión gélida.

—Nerea, bienvenida —dijo Antonella sin rodeos—. Los socios de la firma L'Eterno no están convencidos con la propuesta anterior. Dicen que es demasiado clásica. Quieren que la campaña capture la esencia de la mujer moderna en Roma, pero sin caer en los clichés de siempre. Tienes el turno.

Todas las miradas se clavaron en ella. Nerea se levantó y caminó hacia la pizarra de cristal, donde estaban colgados algunos bocetos de vestidos.

—El problema es que estamos intentando vender ropa —empezó Nerea, con voz firme—. Y en Roma, nadie compra solo ropa. Compran la libertad de perderse en un callejón, el atrevimiento de tomar un café a solas en una terraza y la seguridad de una mujer que no necesita que nadie la mire para sentirse poderosa.

Hizo una pausa, observando el interés de Antonella.

—Propongo que eliminemos los decorados. Quiero luz real, sombras reales. Quiero que la modelo no pose; quiero que camine por el Trastévere al amanecer, con el pelo desordenado y los pies descalzos sobre los adoquines. Menos maquillaje, más piel. Que se sienta el calor de la piedra en las fotos.

Durante unos segundos, el silencio fue absoluto. Nerea sostuvo la mirada de Antonella con una confianza que nacía de su propia experiencia en esos días.

—*Menos es más...* —murmuró Antonella—. Es arriesgado.

—No si capturamos la verdad —replicó Nerea—. La belleza natural de esta ciudad no necesita filtros, y la mujer de nuestra campaña tampoco.

Antonella se reclinó en su silla y, finalmente, una pequeña sonrisa apareció en sus labios.

—Me gusta. Marco, busca localizaciones. Giulia, quiero un plan de medios que refuerce esa idea. Nerea, tienes luz verde.

Al salir de la reunión, Giulia la alcanzó en el pasillo y le dio un empujón juguetón.

—¡Has estado increíble! —susurró—. Has dejado a Antonella sin palabras. Creo que te has ganado un almuerzo de verdad. Conozco un sitio cerca de la Piazza Navona que hace unos *tonnarelli cacio e pepe* que te harán llorar.

Nerea río, sintiendo que por fin empezaba a encajar.

—Acepto, Giulia. Pero solo si me prometes que no hablaremos de presupuestos.

—Prometido —dijo su amiga, enganchando su brazo al de Nerea mientras salían al sol del mediodía.

Al salir del edificio, el sol del mediodía caía con fuerza sobre los adoquines, pero caminar junto a Giulia era como seguir a un torbellino de energía que hacía que el calor fuera secundario. Su amiga se movía por las calles con una maestría envidiable, saludando con la mano a algún conocido y esquivando a los turistas con la agilidad de quien ha nacido entre aquel caos de piedra y motores de Vespa.

—Dos de *cacio e pepe* y una jarra de vino blanco frío, *per favore* —pidió Giulia al camarero nada más sentarse, sin necesidad de mirar la carta—. Y tráelo pronto, que mi amiga acaba de conquistar a la jefa y tenemos que celebrar.

El restaurante era un rincón pequeño, con mesas de madera desgastada y manteles de cuadros, encajonado en un callejón tan estrecho que la luz del sol solo llegaba de refilón. Nerea se dejó caer en la silla, sintiendo cómo la tensión de la reunión se disolvía poco a poco.

—¿De verdad crees que ha ido tan bien? —preguntó Nerea, retirándose un mechón de pelo oscuro de la cara. El calor de la caminata le había encendido ligeramente las mejillas.

—Nerea, Antonella no sonríe a menos que vea algo excepcional. Y hoy te ha visto a ti —Giulia se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la mesa—. Lo que dijiste sobre la belleza sin filtros... fue valiente. En esta industria todos intentan vender fantasías de plástico, pero tú has propuesto verdad.

Nerea tomó un sorbo del vino blanco, sintiendo el frescor recorrerle la garganta.

—Solo creo que estamos cansadas de lo artificial —respondió con sinceridad—. Roma tiene grietas, manchas y siglos de historia, y por eso es tan magnética. Quería que la campaña tuviera esa misma honestidad.

El almuerzo transcurrió entre risas y confesiones. Giulia le habló de sus ambiciones y de los dramas internos de la oficina, mientras que Nerea le contó cómo era su vida en **Madrid**. Le habló de las mañanas grises, de las prisas constantes por la Castellana y de cómo su rutina allí se había convertido en una estructura rígida que ya no le permitía respirar. Comparado con eso, el desorden de Roma le parecía una bendición.

—Lo que más me gusta de estar aquí —confesó Nerea mientras terminaban el café— es que nadie espera nada de mí. En España siempre sentía que tenía que cumplir un papel, ser la mujer que todos ya conocían. Aquí soy una página en blanco. Nadie sabe quién soy.

—Pues prepárate, porque las páginas en blanco en Roma se llenan de historias muy intensas —le advirtió Giulia con un guiño—. Por cierto, el viernes hay una fiesta en una terraza cerca del Panteón. Es gente del sector, pero habrá buena música y mejores vistas. Tienes que venir, Nerea. Necesitas ver cómo late la ciudad cuando cae el sol.

Nerea dudó un segundo, pensando en su plan de sofá y lectura, pero la mirada cómplice de su amiga la terminó de convencer.

—Está bien, iré. Pero con una condición: nada de hablar de presupuestos ni de campañas.

—¡Prometido! —exclamó Giulia levantando su copa.

Al salir del restaurante y despedirse de Giulia, que tenía que pasar por una imprenta, Nerea decidió volver a la oficina dando un rodeo. Se sentía ligera, con una determinación que no recordaba haber tenido en Madrid. Se detuvo frente a una pequeña fuente de piedra para refrescarse las muñecas con el agua helada y se miró un instante en el reflejo. Sus ojos claros brillaban con una chispa nueva.

Esa tarde en el despacho fue productiva. Los bocetos de «Piel y piedra» cobraban vida bajo su mano y el concepto empezaba a tomar una forma sólida. Al terminar el día y regresar a su casa, Nerea no sentía la soledad como un vacío, sino como un espacio propio que estaba empezando a disfrutar.

Se asomó al balcón de su ático con una última copa de vino, observando cómo el cielo romano se teñía de violeta. Sabía que el desafío profesional acababa de empezar, pero también presentía que esa libertad de ser «una desconocida» estaba a punto de llevarla por caminos que ni ella misma imaginaba.

El viernes por la tarde, Roma parecía vibrar con una frecuencia distinta. Desde su balcón, Nerea observaba cómo el tráfico del Trastévere se volvía más errático y las voces que subían de la calle tenían un tono más festivo. Tras una semana intensa de reuniones y bocetos, aquel era su momento de transición, el puente entre la mujer profesional que había conquistado la oficina y la mujer que aún estaba descubriéndose a sí misma en la soledad de su ático.

Cerró las contraventanas para crear una penumbra íntima y encendió un par de velas de cera de abeja. El aroma dulce y natural empezó a flotar en el aire. Nerea se despojó de la ropa de oficina, dejando que la camisa y el pantalón cayeran al suelo, y se dirigió al baño.

Se sumergió en el agua tibia, dejando que el cansancio de los últimos días se disolviera. Mientras se enjabonaba, recorrió con

las manos su propio cuerpo, reconociendo sus curvas naturales, la suavidad de su piel y la firmeza de sus formas sin las prisas de Madrid. Bajo la luz temblorosa de las velas, se sentía simplemente ella. Su belleza no era un disfraz ni algo que tuviera que forzar; era algo que emanaba de esa nueva calma que estaba encontrando.

Al salir, se miró en el espejo empañado. Limpió un círculo con la mano y observó su rostro. Sus ojos claros destacaban con fuerza contra su melena oscura, que ahora caía húmeda sobre sus hombros. Caminó descalza hacia la cama y eligió un vestido de satén negro, de corte sencillo y tirantes finos. Al deslizarlo por su cuerpo, sintió el frío de la seda contra su piel caliente, un contraste que la hizo estremecerse ligeramente. El vestido marcaba su figura de manera sutil, sin artificios, dejando su espalda y sus hombros al descubierto. Se puso unos pendientes dorados y se calzó unas sandalias de tiras. Al dar un último vistazo en el espejo del salón, no vio a la ejecutiva madrileña, sino a una mujer que empezaba a disfrutar de su propia libertad.

El timbre del portal sonó. Era Giulia.

—*¡Nerea, apúrate! ¡La noche nos espera!* —gritó su amiga desde la calle.

Nerea cogió un pequeño bolso, apagó las velas y salió del ático. Mientras bajaba las escaleras de caracol, el sonido de sus propios tacones contra la piedra le recordó su propuesta para la campaña: «Piel y piedra». Esa noche, ella era la encarnación de su propia idea.

Al salir al portal, Giulia, que llevaba un conjunto llamativo y moderno, se quedó un segundo en silencio.

—*Mamma mia...* Nerea —dijo Giulia con una sonrisa de aprobación—. Te dije que Roma te sentaría bien, pero esto es demasiado. Estás increíble con ese aire tan natural. Vas a hacer que más de uno se olvide de cómo se habla italiano esta noche.

—Exagerada. —Rio Nerea, sintiendo cómo un cosquilleo de confianza le recorría el cuerpo—. Vamos, antes de que me arrepienta y decida quedarme leyendo.

Subieron al coche de Giulia, un pequeño Fiat que rugía por las calles empedradas, y Nerea dejó que el aire nocturno terminara de secar su cabello mientras se alejaban del Trastévere, cruzando el río hacia el corazón histórico de Roma.

Capítulo 3: Frente al Panteón

La terraza estaba situada en lo alto de un *palazzo* que parecía tocar el cielo romano. Al salir del ascensor, el impacto fue inmediato: el Panteón se alzaba majestuoso justo enfrente, con su cúpula recortada contra la noche estrellada y bañado por una luz ámbar que lo hacía parecer eterno. El ambiente en la fiesta era una coreografía de copas de cristal, perfumes caros y conversaciones en media docena de idiomas que se mezclaban con el ritmo suave de un jazz moderno.

Giulia, moviéndose como un pez en el agua, empezó a saludar a gente a diestro y siniestro, arrastrando a Nerea con ella.

—Nerea, deja de mirar la cúpula y mira a la gente —le susurró Giulia al oído mientras cogía dos copas de champán de la bandeja de un camarero—. Media Roma está aquí esta noche. Literalmente.

Nerea sonrió, pero se sentía un tanto ajena a todo aquel despliegue de opulencia. Se sentía cómoda en su vestido de satén, notando la brisa nocturna en su espalda descubierta, pero su mirada seguía escapándose hacia la arquitectura, hacia la piedra que había sobrevivido a todo. Se alejó unos pasos del barullo, buscando un poco de aire cerca de la barandilla de mármol que bordeaba la terraza.

Fue entonces cuando lo sintió. Esa sensación física de que alguien te observa, un calor repentino que no tenía nada que ver con la temperatura ambiente.

A unos pocos metros, apoyado con una elegancia indolente contra una de las columnas de la terraza, un hombre la observaba.

No era una mirada intrusiva, sino una llena de una curiosidad genuina y pausada. Tendría unos treinta y pocos años, y el traje oscuro que vestía parecía estar diseñado sobre su propio cuerpo. Tenía el cabello algo más claro que el de los romanos típicos, corto y bien peinado, y una mandíbula que parecía esculpida por el mismo artista que hizo las estatuas de la plaza.

Él no estaba hablando con nadie. Sostenía un vaso corto con un líquido ambarino y la observaba con una intensidad que hizo que Nerea se recolocara, de forma casi inconsciente, un mechón de su cabello oscuro.

—¿Es más impresionante de cerca, verdad? —dijo él, rompiendo la distancia con una voz que sonaba a terciopelo y autoridad.

Nerea se giró del todo, sosteniéndole la mirada con sus ojos claros. No se dejó intimidar por la presencia imponente del hombre, aunque el corazón le dio un vuelco sordo.

—La piedra siempre lo es. No necesita esforzarse para destacar —respondió ella, haciendo una referencia inconsciente a su propia filosofía de trabajo.

El hombre esbozó una sonrisa lenta, una que no llegaba a ser una carcajada pero que iluminaba sus facciones de forma peligrosa. Dio un paso hacia ella, entrando en su espacio personal de una manera que se sentía extrañamente natural.

—Una respuesta interesante. La mayoría de las mujeres aquí esta noche habrían hablado de la fiesta o de las vistas, no de la materia de la que está hecho el monumento —él extendió una mano, y Nerea notó que sus dedos eran largos y decididos—. Soy **Alessandro Santoro**.

Nerea sintió un pequeño escalofrío. Había escuchado ese apellido en la oficina; los Santoro eran los dueños de un imperio inmobiliario y hotelero que poseía gran parte del centro histórico. Aquel hombre no era solo un invitado más, era el heredero de una de las fortunas más antiguas de la ciudad.

—Nerea —dijo ella simplemente, estrechando su mano.

El contacto de su piel contra la de él fue eléctrico, una chispa que subió por su brazo y se instaló en su pecho. Alessandro no le soltó la mano de inmediato; se quedó observándola, fijándose en su rostro sin artificios, en la lozanía de su piel y en la seguridad que desprendía.

—Nerea —repitió él, saboreando el nombre—. No tienes el acento de aquí, pero parece que Roma te pertenece un poco más que al resto.

—Soy de Madrid. Y apenas acabo de llegar —confesó ella, retirando su mano con suavidad, aunque todavía sentía el rastro del calor—. Quizás por eso todavía la miro con asombro.

Alessandro se apoyó en la barandilla a su lado, dándole la espalda a la fiesta y centrándose exclusivamente en ella.

—Madrid es una ciudad con mucha energía —dijo Alessandro—, pero Roma tiene una forma particular de atrapar a la gente. ¿Qué es lo que te ha traído aquí, Nerea? ¿El trabajo o una huida?

Nerea arqueó una ceja, sorprendida por la franqueza de la pregunta.

—¿Tienen que ser excluyentes? —respondió ella—. He venido a dirigir una campaña de moda. Pero supongo que, en el fondo, mudarse a otra ciudad siempre tiene algo de huida hacia adelante.

Alessandro asintió lentamente. Parecía fascinado por la forma en que ella hablaba, con una honestidad que no buscaba impresionar.

—La mayoría de la gente viene a Roma a buscar el pasado. Se pierden en las ruinas. Pero tú... tú pareces estar buscando algo que todavía no ha sucedido. Lo veo en cómo miras el horizonte.

Iba a responder cuando una voz chillona y familiar rompió la burbuja.

—¡Nerea! Te he buscado por todas pa... —Giulia se quedó petrificada al reconocer al hombre—. *Santoro... Signor Santoro, buonasera.*

Alessandro recuperó esa máscara de cortesía impecable, asintiendo levemente hacia Giulia. Terminó su bebida y se acercó un paso más a Nerea, lo suficiente como para que ella sintiera el calor que desprendía su cuerpo.

—Espero que Roma sea amable contigo, Nerea. Y que nos volvamos a encontrar en un lugar con menos ruido —le dijo en voz baja—. *A presto.*

Se despidió y se alejó entre la multitud, dejando tras de sí una estela de magnetismo. Giulia agarró el brazo de Nerea con fuerza.

—¿Me puedes explicar qué acaba de pasar? —susurró Giulia, con los ojos brillando de pura incredulidad—. Nerea, ¡por todos los santos! ¿Qué hacías hablando con Alessandro Santoro? ¡Es el hombre más cotizado de todo el país! No hay revista, fiesta o evento en Italia que no intente captar su atención. Es el soltero más buscado desde Milán hasta Sicilia... y te miraba como si fueras lo más fascinante que ha pisado esta terraza.

Nerea miró hacia donde él había desaparecido, notando todavía el eco del contacto en su piel.

—Solo hablábamos de arquitectura, Giulia —mintió Nerea, aunque sabía perfectamente que el Panteón había sido lo de menos esa noche.

—En Roma no existen las coincidencias con un Santoro —sentenció Giulia—. Vámonos, que esta noche ya has hecho suficiente historia.

El trayecto en el coche de Giulia fue una transición necesaria entre el bullicio de la alta sociedad y la quietud de la noche. Nerea apoyó la cabeza en el asiento del Fiat, dejando que el aire fresco le golpeara el rostro mientras cruzaban el puente sobre el Tíber. Las luces de la ciudad se estiraban sobre el agua como hilos de oro,

y aunque Giulia seguía haciendo comentarios sobre lo ocurrido, Nerea apenas la escuchaba. Su mente estaba atrapada en el eco de una voz de terciopelo que le había preguntado si estaba huyendo.

—Mañana te llamo —le dijo Giulia al dejarla finalmente en la puerta de su edificio en el Trastévere—. Pero duerme tranquila, si es que puedes después de haber tenido al hombre más cotizado de Italia a diez centímetros de tu cara.

Nerea se despidió con una sonrisa suave y subió las escaleras de caracol en silencio, quitándose las sandalias a mitad de camino para sentir el frío de la piedra bajo sus pies descalzos. Al entrar en su ático, no encendió las luces. Se quedó un momento apoyada tras la puerta, dejando que la oscuridad del salón la envolviera.

Se desvistió lentamente, dejando que el vestido de satén negro resbalara por su cuerpo hasta quedar amontonado en el suelo de terracota. Caminó hacia el balcón y se quedó allí, en ropa interior, observando los tejados del barrio bajo la luz plateada de la luna. Roma, que hasta hacía unas horas era solo un escenario de trabajo, se sentía ahora distinta.

Se metió en la cama, dejando que las sábanas frescas envolvieran su cuerpo. En la quietud de la habitación, el encuentro con Alessandro Santoro cobraba una fuerza nueva. No era solo su físico imponente o su apellido; era la forma en que la había mirado, como si no necesitara que ella dijera nada para saber que estaba buscando un nuevo comienzo.

Nerea cerró los ojos, pero aún podía sentir el rastro del calor de la mano de Alessandro en su piel. Se giró entre las sábanas, tratando de encontrar el sueño, mientras comprendía que aquella noche frente al Panteón había marcado el final de su anonimato. Roma ya no era un refugio silencioso; ahora era un juego de miradas del que no estaba segura de querer escapar.

Capítulo 4: Libro de arquitectura

El despertador sonó a las siete de la mañana del lunes, pero Nerea ya estaba despierta. Se había pasado la última hora viendo cómo la luz del amanecer se filtraba por las rendijas de las persianas, bañando su habitación en un tono azulado. No estaba cansada ni aturdida; al contrario, se sentía extrañamente alerta. La noche anterior no había bebido más que una copa de champán para acompañar a Giulia, por lo que su mente conservaba cada detalle del encuentro frente al Panteón con una claridad casi fotográfica.

Se levantó y se preparó un café largo, disfrutando del silencio de su ático antes de que el caos de Roma se desatara bajo su balcón. Mientras bebía, sus dedos recorrieron de forma distraída la palma de su mano, justo donde Alessandro la había tocado al despedirse. «No es una huida hacia adelante», se dijo a sí misma en voz alta, tratando de convencerse de que su llegada a Italia era puramente profesional.

Cuando llegó a la oficina, el aire acondicionado todavía no había logrado vencer el calor matutino. Giulia ya estaba allí, revisando unos negativos sobre la mesa de luz, pero en cuanto vio aparecer a Nerea, dejó caer la lupa como si hubiera visto a una estrella de cine.

—Buenos días, *ragazza* —saludó Giulia con una energía que a Nerea siempre le resultaba asombrosa para ser tan temprano—. Te veo muy entera para haber sido el centro de todas las miradas anoche.

—Solo fui el centro de una conversación, Giulia. No exageres —respondió Nerea con calma, dejando su bolso en la silla

y encendiendo el ordenador—. Tenemos mucho trabajo con la campaña «Piel y piedra». He estado pensando en que necesitamos una localización que no sea la típica plaza de siempre.

Giulia se acercó, apoyando los codos en la mesa de Nerea y bajando el tono de voz de forma conspiradora.

—Lo que tú digas, pero mi teléfono no ha dejado de vibrar. Roma es un pañuelo, y más cuando Alessandro Santoro decide que una desconocida es más interesante que todos los invitados VIP juntos. Pero bueno... si quieres hablar de trabajo, mira esto.

Giulia señaló con la barbilla hacia el borde de la mesa de Nerea. Allí, medio oculto tras el monitor, había un paquete rectangular envuelto en un papel de estraza grueso y elegante, cerrado con un cordón de cáñamo. No había remitente, solo el nombre «Nerea» escrito con una caligrafía impecable y decidida.

Nerea sintió un ligero vuelco en el pecho. Con cuidado, deshizo el nudo y retiró el papel. Dentro encontró un libro antiguo, una joya bibliográfica de mediados del siglo pasado sobre la construcción de los cimientos romanos.

—No traía nota fuera —susurró Giulia, casi sin respirar—, pero el mensajero que lo trajo llevaba el uniforme de la sede central de los Santoro.

Nerea abrió el libro por la primera página. No había una dedicatoria larga, solo una frase escrita a mano en el margen:

«La piedra no necesita esforzarse para destacar, pero incluso la piedra más fuerte necesita unos buenos cimientos para durar mil años. Sigamos la conversación. A. S»..

Nerea cerró el libro despacio, sintiendo el tacto del cuero viejo bajo sus yemas.

—Es solo un libro de arquitectura, Giulia —dijo Nerea, aunque su voz no sonó tan firme como ella pretendía—. Está siendo cortés porque hablamos de esto anoche.

—Cortés —repitió Giulia soltando una carcajada—. Nerea, ese hombre ha buscado un ejemplar de coleccionista un domingo por la noche y lo ha mandado a primera hora de hoy. Eso no es cortesía, eso es una declaración de intenciones.

Nerea se quedó mirando el paquete durante un segundo más. Sabía que Giulia tenía razón, pero su instinto de protección le pedía mantener la distancia. Sin decir nada más, guardó el libro en el cajón de su mesa y lo cerró con llave, como si al hacerlo pudiera también encerrar la inquietud que Alessandro le provocaba.

—¿Y bien? —preguntó Giulia, cruzándose de brazos—. ¿Qué vas a hacer? No puedes simplemente ignorar un Santoro. Es de mala educación... y un pecado mortal en esta ciudad.

—Voy a trabajar, Giulia. Eso es lo que voy a hacer —respondió Nerea abriendo el archivo de la campaña—. Si realmente quiere seguir la conversación, sabe dónde encontrarme. No necesito enviarle una paloma mensajera.

Nerea se hundió en su trabajo, decidida a ignorar el peso del libro de cuero que descansaba en su cajón. Marco, desde la mesa de enfrente, levantó la vista de sus planos y le lanzó una mirada curiosa, pero no dijo nada; sabía que cuando Nerea se ponía en «modo ejecución», era mejor no interrumpirla.

Sin embargo, la calma duró poco. Los tacones de **Antonella** resonaron en el pasillo con esa cadencia rápida y autoritaria que siempre ponía a todo el mundo en alerta. La jefa de la agencia entró en la zona de mesas con una carpeta de cuero bajo el brazo y una expresión de triunfo que no solía lucir tan temprano.

Se detuvo justo entre Nerea y Marco.

—Nerea, deja lo que estés haciendo —dijo Antonella, dejando una pequeña caja de madera sobre su escritorio—. Acabo de recibir una llamada personal de la oficina de los Santoro.

Marco dejó caer su bolígrafo y Giulia se asomó de inmediato. Antonella abrió la caja: dentro había una llave de hierro antiguo,

pesada y elegante, junto a una nota con una dirección en **Vía Margutta**.

—Dicen que es para «la visión que entiende los cimientos» —continuó Antonella, mirando a Nerea con una mezcla de orgullo y sospecha profesional—. Alessandro ofrece su galería privada para la sesión de «Piel y piedra». Pero quiere que la responsable del proyecto valide la luz del espacio hoy mismo, a las cinco.

Nerea sintió que el aire de la oficina se volvía más denso. Tomó la llave; estaba fría y tenía el tacto del metal que ha pasado por muchas manos a lo largo de los siglos.

—Antonella, todavía no hemos cerrado la lista de localizaciones —intentó decir Nerea—. Podría ser demasiado...

—Es un Santoro, Nerea —la interrumpió Antonella con firmeza—. En esta ciudad, si un Santoro te entrega una llave, no preguntas. Vas, miras el espacio y, si es la mitad de bueno de lo que dicen sus archivos, mañana mismo estamos moviendo allí los focos.

Antonella se inclinó un poco hacia ella, bajando el tono.

—No sé qué hiciste el otro día en esa fiesta, pero sigue haciéndolo. Ve a Vía Margutta. Marco puede encargarse de los presupuestos por hoy.

Nerea miró a Marco, que le dedicó un gesto de «vete antes de que cambie de opinión», y luego a la llave en su mano. Alessandro no la había llamado para convencerla; le había enviado un desafío físico, una puerta que solo ella podía abrir.

Nerea guardó la llave en su bolso, sintiendo el leve tintineo contra sus pertenencias como un recordatorio constante de la cita. No podía concentrarse. El resto de la tarde en la oficina fue un desfile de sombras y correos electrónicos que apenas procesaba. A las cuatro y media, se levantó bajo la mirada cómplice de Giulia y la aprobación silenciosa de Marco.

Caminar por Roma a esa hora era sumergirse en un tono dorado. El sol comenzaba su descenso, bañando las cúpulas de un

naranja intenso, pero al girar hacia la **Vía Margutta**, el ruido del tráfico de la Vía del Babuino desapareció como por arte de magia. Esta calle era distinta: estrecha, adoquinada, con enredaderas que caían desde los balcones y un silencio que parecía custodiado por los antiguos estudios de artistas que le dieron fama.

Buscó el número indicado en la nota. No era una galería comercial con grandes escaparates, sino un portón de madera oscura, imponente, con un herraje de bronce que brillaba por el uso.

Nerea se detuvo frente a la puerta. Sacó la llave antigua. Por un momento, dudó. Aquello no se sentía como una simple inspección de trabajo. Al meter la llave en la cerradura, el mecanismo giró con un chasquido seco, pesado, que resonó en el interior del edificio.

Empujó la hoja de madera y entró.

El aire dentro era fresco y olía a cera de abeja, a polvo antiguo y a un rastro sutil de madera de cedro. La galería era un espacio diáfano de techos altísimos, con vigas de madera vista y muros de un travertino tan puro que parecía emitir su propia luz. No había cuadros en las paredes, solo algunos fragmentos de estatuas romanas sobre pedestales de hierro, estratégicamente iluminados por la luz cenital que caía desde un enorme lucernario en el techo.

—Llegas justo a tiempo —dijo una voz profunda desde el fondo de la sala.

Nerea entornó los ojos. Al final de la galería, sentado en un banco de piedra frente a un busto de mármol sin rostro, estaba Alessandro. No llevaba la chaqueta del traje; tenía las mangas de la camisa blanca remangadas hasta los antebrazos y sostenía un cuaderno de dibujo sobre sus rodillas.

Él no se levantó de inmediato. Se quedó observándola desde la distancia, con una calma que la obligaba a recorrer el espacio bajo su mirada.

—La luz de las cinco está a punto de golpear el muro norte —continuó él, cerrando el cuaderno con un golpe seco—. Si realmente entiendes de cimientos, sabrás que este es el único momento del día en que el travertino revela sus verdaderas grietas.

Nerea avanzó por la galería, sus pasos resonando contra el suelo de mármol.

—Es un espacio impresionante, señor Santoro —dijo ella, tratando de mantener la voz profesional a pesar de que el corazón le martilleaba las costillas—. Pero no necesitaba enviarme una llave antigua para convencerme de venir. Un correo con la dirección habría bastado.

Alessandro se puso en pie y caminó hacia ella con una seguridad natural, sin prisas. Se detuvo a una distancia que, aunque correcta, resultaba cargada de una intención que Nerea no lograba descifrar.

—Un correo es algo que cualquiera puede borrar, Nerea —dijo él, bajando el tono de voz—. Una llave en la mano... eso es algo que no puedes ignorar. Te obliga a decidir si quieres entrar o quedarte fuera. Y yo quería saber qué elegirías tú

Nerea sostuvo la llave con fuerza dentro de su bolso, como si el contacto con el metal frío le devolviera un poco de la lógica que la presencia de Alessandro intentaba desbaratar. Dio un paso hacia adelante, plantándole cara.

—Es una teoría muy interesante, señor Santoro —dijo ella, esforzándose por mantener su voz firme y profesional—. Pero hay algo que no encaja. Me envía una llave, me cita a una hora concreta y me habla de decisiones... ¿Cómo podía estar tan seguro de que vendría? Solo hablamos un par de minutos el viernes y, que yo sepa, no sabía nada de mí.

Alessandro la escuchó sin interrumpirla, con una leve inclinación de cabeza. Un rayo de luz atravesó el lucernario y encendió las vetas del travertino a su espalda, creando una atmósfera casi

irreal. Él guardó silencio un momento antes de responder, con una sinceridad que Nerea no esperaba.

—Tienes razón, no sabía quién eras. Pero esta mañana, cuando Antonella me escribió un correo formal para insistir en que cediera este lugar para vuestro desfile, mencionó que enviaría a su nueva directora creativa para inspeccionarlo. Ponía que una chica llamada Nerea vendría a verlo.

Alessandro dio un paso corto hacia ella, acortando la distancia.

—En ese momento tuve una corazonada. Pensé en la mujer del viernes, en la forma en que analizabas la piedra en aquella fiesta, y supe que esa Nerea tenías que ser tú. Solo alguien con tu mirada podría haber bautizado un proyecto como «Piel y piedra». No fue una certeza absoluta, fue un instinto... y quería comprobar si mi instinto seguía siendo tan agudo como siempre.

Hizo una pausa, sus ojos oscuros clavados en los de ella, buscando una reacción.

—No necesitaba saber tu vida, Nerea. El viernes vi cómo tocabas el mármol de la columna cuando creías que nadie te miraba. Lo hiciste con una mezcla de respeto y curiosidad técnica que no se puede fingir. Una mujer que busca los cimientos de las cosas no puede evitar abrir una puerta cuando le entregan la llave. Sabía que vendrías porque el lugar te interesa tanto como a mí me interesa ver cómo lo utilizas.

Nerea se quedó en silencio un segundo, desarmada por la confesión. Le inquietaba que él hubiera confiado en una simple corazonada y que, además, hubiera acertado de forma tan plena.

—Eso es ser muy arriesgado —replicó ella, aunque el tono desafiante había perdido algo de fuerza—. Podría haber sido otra persona.

—Pero no lo es —Alessandro señaló la galería con un gesto elegante—. Estás aquí. La llave ha funcionado. Y ahora que estás dentro, dime: ¿el travertino está a la altura de tu visión o tengo que esforzarme más para convencerte?

Nerea caminó hacia el muro, dejando que el sonido de sus pasos se perdiera en la inmensidad de la sala. Se detuvo frente a la superficie de piedra, justo donde el rayo de sol de las cinco incidía con más fuerza. El travertino no era liso; estaba lleno de poros, pequeñas oquedades y vetas que contaban la historia de la tierra.

—Es fascinante —susurró, olvidándose por un segundo de que Alessandro la observaba.

Extendió la mano y apoyó las yemas de los dedos sobre la piedra. Estaba tibia por el sol, una sensación que contrastaba con la frialdad que esperaba encontrar en una galería vacía. Al rozar las imperfecciones del material, comprendió por qué él había insistido tanto en la luz. A esta hora, las sombras se proyectaban dentro de los poros de la piedra, dándole una profundidad casi orgánica, como si el muro tuviera relieve propio, como si tuviera vida.

—Tenías razón con la luz —dijo ella, sin retirar la mano—. El travertino revela sus grietas... pero también su fuerza.

Alessandro se acercó lentamente, colocándose a su lado. Nerea pudo sentir el calor que desprendía su presencia y ese aroma a cedro que ahora inundaba sus sentidos. Él no dijo nada al principio, simplemente observó cómo ella exploraba la superficie. Entonces, de forma casi imperceptible, Alessandro extendió su mano.

Sus dedos rozaron primero el dorso de la mano de Nerea, que seguía apoyada en la piedra. Fue un contacto ligero, pero cargado de una electricidad que la dejó paralizada. Con una lentitud deliberada, él empezó a subir, recorriendo con la punta de sus dedos el antebrazo de ella, subiendo por la manga de su blusa hasta alcanzar la piel del brazo. El gesto era posesivo y suave a la vez, como si estuviera analizando la textura de Nerea con la misma fascinación con la que ella analizaba el travertino.

El contacto quemaba. Nerea sintió un vuelco violento en el estómago y, antes de que él pudiera avanzar más, retiró el brazo con un movimiento brusco, apartándose un paso hacia atrás.